■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Conmemoración petrolera

■ Volver a la plataforma

Casi siempre, pero con mayor fuerza hoy, la recordación del acto expropiador del petróleo, ocurrido hace 52 años, cobra vigencia ante las circunstancias de la realidad. Así se pone en relieve el aliento histórico, de largo alcance, de la decisión del presidente Cárdenas. Se enfrentó con ella una actitud arrogante de las empresas extran-

■ 4

Dunes 1200 pesos
18 / 6/2000

Viene de la 1

geras. Pero se hizo más que sólo eso: se echaron los cimientos del control nacional sobre un energético, y sus derivados, que forman parte de la esencia de este periodo finisecular.

Lo muestran así innumerables hechos, por doquier. El mundo asistió, en los últimos meses, a una colisión política y bélica que tuvo al petróleo como su factor principal o detonante. No fue, en tal sentido, una novedad. Ha habido, en el curso de este siglo, más de una *guerra del petróleo*. Pero la magnitud y la violencia que adquirió la recién concluida —o casi—, no tienen paragón. Aparte sus implicaciones de otros órdenes, esa guerra enseña a qué extremos pueden llegar las potencias industriales, especialmente Estados Unidos, con tal de asegurarse un suministro fiable, y barato, del crudo del que son ávidas consumidoras.

De allí la necesidad de que México, proveedor importante —por los volúmenes y la inmediatez— del mercado norteamericano, resguarde la soberanía sobre ese recurso. Es verdad que su explotación y su exportación ya no es tan central en la economía mexicana como lo fue en la década anterior, en que el país se petrolizó. Pero sigue siendo un elemento de primordial relevancia, como lo enseña el siguiente hecho: el equilibrio de la balanza comercial, el año pasado, se estableció sólo a partir del sobreprecio petrolero, pues si es verdad que las exportaciones no vinculadas al crudo han crecido de modo notable, también lo es que las importaciones, derivadas de la apertura o de la recuperación del dinamismo económico en algunas áreas, crecieron de modo todavía más acelerado.

Está fuera de duda que las disposiciones constitucionales que aseguran a la nación el dominio petrolero no serán negociadas al fijarse el Tratado Trilateral

del Libre Comercio. Lo han asegurado con tal énfasis el presidente de la República y los secretarios de Comercio y de Relaciones Exteriores, que sólo si sus palabras fuesen parte de un monstruoso engaño podría ocurrir lo contrario. Pero no basta mantener el contenido constitucional, para preservar la facultad nacional de determinar cómo, cuándo y cuánto petróleo producimos y ponemos a la venta al exterior.

Se precisa establecer una plataforma de producción y exportación que, teniendo en cuenta las determinaciones del mercado a las que no podemos ser ajenos, incluya también previsiones sobre el desarrollo de las tecnologías que utilizan el crudo y sus derivados, y el inherente a la exploración y explotación de esa materia prima. Se requiere establecer los términos justos, apegados a nuestro interés nacional, de suerte que no despilfarramos aceleradamente un recurso escaso y no renovable, pero al mismo no caiga-

mos en tal avaricia que mantengamos en el subsuelo un energético cuya utilidad decrecerá en los próximos años.

Las reuniones celebratorias que hoy se realizan, en el ámbito oficial y en el de la oposición, son buenas oportunidades para el debate público que conviene, en esta hora delicada para la industria petrolera, revitalizar y dirigir. La tradicional ceremonia encabezada por el presidente de la República suele ser ocasión para definiciones, de que estamos urgidos en esta hora.

La marcha que el cardenismo realizará por la tarde, en su espacio y sus dimensiones, permitirá oír un criterio diverso acerca del tema. Ninguna de las reuniones puede reclamar exclusividad para el abordamiento de la cuestión. Antes bien, la multiplicación de los ámbitos donde se renueve la preocupación constructiva por el futuro inmediato de esa industria será provechosa para dilucidar un panorama del que no podemos desinteresarnos.